

XI.

LAS PEREGRINACIONES RELIGIOSAS EN MÉXICO.

§ 1.º CULTO Y PEREGRINACIONES MARIANAS EN MÉXICO

§ 2.º CULTO Y PEREGRINACIONES GUADALUPANAS.

§ 3.º SU SIGNIFICACION É IMPORTANCIA ACTUAL.

México, lo mismo que todas las colonias españolas en el Nuevo Mundo, fué formado desde sus fundamentos en su sér social por los Misioneros, ante todos; y luego por los Obispos y su clero. Si los Misioneros no hubieran venido tan oportunamente, nuestra raza indígena habria desaparecido por completo: si los Obispos y su clero no hubieran luchado como lo hicieron contra el torrente devastador del espíritu de conquista, el país conquistado habria permanecido por toda una centuria, reducido á una colonia de aventureros, criminales en una buena parte, incapaces de dar á la inmigracion pobladora y ménos á los indígenas, una forma regular, moral ni civil. Pero vino Fray Martin de Valencia con sus doce compañeros, y D. Fray Juan de Zumárraga, y D. Fray Julian Garcés y D. Vasco de Quiroga con sus colaboradores y sucesores, y con esto las cosas fueron lo mejor posible. La sabiduría, celo y caridad con que estos verdaderos ministros del Evangelio desempeñaron su mision santificante y civilizadora, hizo que nuestros antepasados, luego de sometidos, recibieran el cristianismo, no sólo como una doctrina divinamente verdadera, sino como el único elemento poderoso y capaz para proteger á los restos de los vencidos contra los azotes del hambre, de la peste y de la espada, empuñada por la mano implacable de la codicia.

De aquí que los mexicanos, desde los primeros años de la conquista, profesaran con amor y fervor la religion de los Ministros de la palabra; y muy á poco se encontrara el Cristianismo en el país recientemente sometido, establecido con tal firmeza, con tanto esplendor como no se vió en las naciones del Norte de Europa aun cien años despues de evangelizadas. La magnificencia de los templos, el decoro del culto, la multitud y solemnidad de las prácticas religiosas, pudieron muy bien

ser comparadas con lo que en España era conocido y acostumbrado; y el mismo espíritu católico, profundamente piadoso que distinguía al pueblo vencedor de la Media Luna, caracterizó desde entónces á la generacion de D. Hernando y Doña Marina.

No es extraño, pues, que encontremos desde más de 350 años trasladados á nuestra patria todas aquellas prácticas religiosas y fervientes que por largos siglos habian sido el consuelo y el sostén de los vencidos en Guadalete, de los refugiados en Covadonga, de los destrozados en Alarcos. La introduccion de esas observancias en nuestro país era muy natural, supuesto que recibiamos el Cristianismo tal como lo profesaban las iglesias de España, que fueron las matrices de nuestras iglesias. Y no sólo fué natural, sino necesario; porque por medio de ellas se procuró y consiguió extirpar muchas de las que los indígenas se empeñaban en conservar, como restos queridos de su patrio culto. Y acontecia con frecuencia que los indígenas, al ver ocupados sus pueblos por los conquistadores, ó por los odiosos encomenderos, se esforzaban por salvar sus ídolos é iban á ocultarlos en montañas inaccesibles; donde les levantaban adoratorios para continuarles su culto; y desde que esto sucedia, aquel lugar de refugio de los dioses de los vencidos era visitado y venerado por los fieles á la religion de sus mayores.

A efecto de extirpar este mal, los Misioneros, luego que tenían noticia de alguno de esos cubiles de la idolatría, y que encontraban el altar ó adoratorio excusado lo destruian de raíz, y sobre los escombros del Cué indio erigian una capilla ó ermita cristiana; á la cual convocaban á sus neófitos. Y hé aquí el origen de las primeras romerías en nuestro país. Tal fué el principio del culto tributado cerca de Querétaro á Nuestra Señora del Pueblito, en un templo levantado cerca de las ruinas de un Cué ó adoratorio indio: templo al cual desde el año 1632, se han hecho continuas peregrinaciones, y se hacen al presente. Esos lugares de peregrinacion se fueron multiplicando despues, por los mismos motivos que en las demás naciones de la cristiandad. Es decir, las manifestaciones de la Omnipotencia Divina ó de su misericordia en señalados lugares, ó mediante la invocacion religiosa á presencia de determinada imágen de Jesucristo, de la Virgen María ó de los Santos.

No han faltado quienes censuren el procedimiento que acabamos de referir de los Misioneros; suponiendo que por interés de ganarse á los indígenas, en vez de evangelizarles debidamen-

te, les dejaban sus creencias y prácticas gentílicas; sin más cambio que poner en el lugar de un ídolo, la imagen en pintura ó escultura de la Virgen, ó de un Santo. Pero esta censura es absolutamente infundada, hija sólo de la ignorancia ó de la mala fé. Los Misioneros nunca dejaron á sus neófitos en error alguno dogmático ó moral de su antigua religion; sino que les daban toda la instruccion de que en su rudeza eran capaces: pero mirándoles apegados tenazmente al uso de objetos sensibles, como medios para trasportar su inteligencia á objetos suprasensibles (necesidad natural, no sólo para los indios mexicanos sino para todo hijo de Adam) una vez que les destruian un adoratorio ó un altar, purificaban el sitio mediante los ritos de la Iglesia y, quitándoles su ídolo *representacion de un error*, les ponian allí mismo una imagen bendecida, *representacion de una verdad*. Esta táctica de los Misioneros en México, no era nueva: fué observada en muchos casos en los siglos IV y V de la Iglesia, y recomendada por S. Gregorio Magno á S. Agustín, Apóstol de Inglaterra, en las instrucciones que le dió para el desempeño de su mision entre los ingleses.

§ 1.º

CULTO Y PEREGRINACIONES MARIANAS EN MÉXICO.

Las iglesias de México tuvieron desde el principio como suyo el martirologio de la iglesia de España, y no sólo esto; sino que aun las devociones locales de la Península, se trasladaron á nuestro país tales como allá se observaban. Porque cada inmigrante traia consigo, como recuerdos queridos de su patria, el culto de los patronos de su provincia, de su pueblo y de su hogar. Así el Gallego propagaba el culto de Santiago, el Asturiano el de la Virgen de Covadonga, el Aragonés el de Nuestra Señora del Pilar, el Catalán el de la Virgen de Monserrate, el Vasco el de la Virgen de Aranzazú, y así los demás. De ello dan fé algunas capillas, ermitas y fundaciones que existen aún; y la darian muchas más si la mano rapaz y asoladora de la demagogia no hubiera acabado con mucho de lo antiguo.

Pero sobre esas devociones locales descolló el culto general y ferviente á la Virgen María traído no por este ó el otro individuo; sino trasportado por la gente española, representada por su digna Iglesia; culto en el cual puede decirse que la España no es aventajada por ninguna otra nacion de la cristiandad. Porque, en efecto, sus reyes, Obispos, Universidades, clero secular y regular, estuvieron siempre á la cabeza de toda empresa que contribuyera al cumplimiento de la profecía: *Me llamarán bienaventurada todas las generaciones*. A mocion de la iglesia española se introdujeron fiestas en honor de María que ántes no eran conocidas; tal fué la de su Santo Nombre que en 1,513 concedió el Sumo Pontífice á la ciudad y Diócesis de Cuenca; y que en 1,683 Inocencio XI extendió á toda la Iglesia. La fiesta del Patrocinio comenzó en España, de donde se extendió á otros partes. En 656 el Concilio X de Toledo ordenó la celebracion de la fiesta que se conserva con el nombre de la Expectacion, ó de Nuestra Señora de la O. La de la Inmaculada Concepcion fué celebrada en la iglesia española desde muy antiguo; pero con ferviente entusiasmo desde que el Papa Clemente XIII declaró á LA SIN MANCILLA, Patrona, bajo esta advocacion de todos los reinos de España y de Indias, á instancias del rey Carlos III. Varias de las antiguas leyes de los Códigos españoles guarecieron el Santo Nombre de María contra la audacia de los blasfemos y la impiedad de moros y judíos. La Ordenanza Militar del Ejército, se ocupó de señalar los honores marciales que los valientes debian rendir á la que hizo Grande el Omnipotente. En suma, en España y sus dominios (en cuya extension, en otro tiempo, el sol no usaba ponerse) «apenas habrá pueblo, donde no haya alguna Imagen especialmente de la Santísima Virgen, singularísima protectora de los españoles, que no sea de especial devocion, y como casa de refugio, donde tengan sus vecinos un remedio universal para todas sus necesidades.»

Tal pasó á México el culto de la Virgen María, traído en en el corazón y en la doctrina de sus venerables Apóstoles y civilizadores; y así, con creces tal vez, se ha conservado, por misericordia de Dios, y se conservará siempre. Esto ha merecido á nuestra patria, que un ilustre historiador de la Santa Virgen, Orsini, escriba estas memorables palabras: MÉXICO, PAÍS CONSAGRADO ENTERAMENTE Á LA MADRE DE DIOS. ¡Tributo de justicia el más grato, entre los poquísimos que suelen pagar á México extranjeras plumas!

Para que entre los hijos de los conquistadores se conservara incólume ese culto, bastaba que él estuviera encarnado en su historia, tradiciones, usos y costumbres; que estuviera representado en monumentos conmemorativos de grandes glorias y de colosales infortunios. Para los vencidos, á más de la doctrina y el ejemplo, habia otro motivo aún más influyente: ese culto tenia un título mas simpático para ser amado por los hijos de la desgracia.

El Cantor de los Mártires, describiendo la situación de espíritu de su heroína, cuando reciente catecúmena, escuchaba las enseñanzas del Obispo Cirilo, dice así: "Le escuchaba con candor é ingenuidad, pues la moral y caridad evangélica, llenaban de encanto su corazón. Derramaba copiosas lágrimas sobre el misterio de la Cruz y los dolores del Hijo del Hombre: *El culto de la Madre del Salvador le llenaba de ternura y delicias*; se hacia referir sin cesar por el antiguo mártir la historia del Pesebre, de los pastores, de los ángeles y los magos, y repetía en voz baja estas palabras. *Dios te salve María, llena eres de gracia. La grandeza del Dios de los cristianos intimidaba un tanto á Cimodocea; pero buscaba su refugio en María, á quien parecia tomar por su madre.*" (Los Mártires, lib. XIV.) Al leer este pasaje, nos parece estar mirando lo que pasaba en el interior de los neófitos, que recibían la doctrina rodeando á Fray Bartolomé de Olmedo ó al P. Motolinia. A ellos tambien debia intimidarles un tanto la grandeza del Dios de los terribles guerreros que les habian vencido; del Dios del trueno y de las tempestades á que tanto se asemejaban las detonaciones de las armas de los vencedores. Y entónces, á semejanza del pequeñuelo que, apercibido del ceño de su padre irritado, corre á ocultar su cabeza en el regazo de su madre, buscaban su refugio en María, á quien tomaban por madre, y cuya bendita imagen veían suspendida sobre el pecho tranquilo de los anunciadores de la paz, que sólo conquistaban corazones con las armas de la caridad.

De aquí ese amor tierno, ese culto confiado que los descendientes de los vencidos profesaron desde el principio á la Virgen María; culto de veneración y amor en que invocan la intercesión maternal de la Consoladora de los afligidos, de la Salud de los enfermos, del Refugio de los pecadores; culto y veneración que se ha traducido en todas las formas autorizadas por el Cristianismo, y que ha tomado una forma monu-

mental, histórica en incontables romerías devotas, de las cuales mencionaremos algunas.

Interminable seria nuestra tarea si quisiéramos hacer relación de todos los hechos que, desde muy reciente la conquista de México, hicieron ostensible la gran devoción Mariana entre nosotros. Una imagen de la Virgen María, colocada por Cortés en el templo que encontró en la isla de Cozumel (Febrero de 1,519), recibió los cultos de aquellos ignorantes isleños, idólatras todavía: imágenes de María traían consigo todos los beneméritos Misioneros: imágenes de María portaban los guerreros, desde el mismo D. Hernando, que las donaba como estimables prendas á los indios nobles que merecían su favor. Esto sólo muestra que seria imposible decir el número de esas imágenes tenidas en especial veneración, y la multitud de advocaciones bajo las cuales ha sido invocada la Madre de Dios entre nosotros: advocaciones todas que han representado, y representarán siempre, el número y variedad de las humanas miserias, cuyo remedio se implora cada día. Tendremos que reducirnos á citar nombres que recuerden las peregrinaciones y romerías más notables en toda la extensión del país.

En Izamal, pueblo de indígenas en comprensión de Valladolid en Yucatan, se veneró una imagen de la Virgen María, en el misterio de su Inmaculada Concepción; cuyo culto comenzó por el año 1,550, y recibió grande incremento por los innumerables prodigios que allí se obraban, y especialmente se hicieron notorios en la terrible peste que en 1,648 asolaba á Yucatan. A la fiesta titular de esta imagen, que era el 8 de Diciembre, concurrían numerosas romerías de todo Yucatan, Chiapas, Tabasco, los Zoques y Cozumel; sin que en el resto del año dejaran de presentarse peregrinos de todas clases y condiciones, pero muy señaladamente de la raza indígena.

En el convento de Franciscanos de Campeche fué venerada la Virgen María bajo la advocación de Nuestra Señora de la Laguna; cuya solemne fiesta se celebraba el 9 de Mayo, con grande afluencia de devotos; no sólo de los contornos de Campeche, sino de muy largas distancias. Este culto tuvo principio ántes de la mitad del siglo XVII.

La imagen de María que se venera en San Francisco de Puebla, con el nombre de La Conquistadora, cuya existencia en el país data desde 1,519: la de los Remedios, cerca de México, cuyo culto comenzó en una humilde ermita, y ya en 1,575 se practicaba en un templo decente: la Virgen de la So-

edad de Cozamaloapan, cuyo culto era ya notable en 1565, han sido honradas desde su principio con el culto de numerosas romerías en toda estación del año, y especialmente en los períodos señalados para sus fiestas titulares. También han sido término de frecuentes peregrinaciones el Santuario de Nuestra Señora de Ocotlan, cerca de Tlaxcala; cuyo culto comenzó antes del año 1570; y que en 6 de Abril de 1575 fué jurada Patrona de la provincia: el Santuario de Nuestra Señora de la Piedad, en el pueblo de este nombre, cerca de México, y el de Nuestra Señora de Tecajic, cerca de Toluca.

Deben también citarse como lugares muy concurridos por religiosas romerías, el Santuario de Nuestra Señora del Pueblito, cerca de Querétaro; en el cual la Virgen María es venerada en el misterio de su Inmaculada Concepción; cuyo culto en aquel lugar debió su origen al celo de los misioneros por extirpar la idolatría en que los indios insistían todavía cien años después de la conquista; y que para practicar sus ritos supersticiosos subían á la altura inmediata al lugar en que hoy está edificado el Santuario. El famoso templo de San Juan de los Lagos, en la diócesis de Guadalajara; cuyo culto es á la Inmaculada Concepción, y su fiesta titular el 8 de Diciembre; iglesia unida á la Basílica de Letran (*Basilica Lateranensis in aeternum erecta*); y en la que se celebra el culto constantemente con grandiosa magnificencia: iglesia que, según las miras del I. S. D. Pedro Espinosa, Obispo primero, y después Arzobispo de Guadalajara, debía ser actualmente una Colegiata Insigne, si los guerrilleros liberales, representantes de la Constitución de 1857, no la hubiera saqueado, como lo hicieron, con una avidez salvaje, haciendo desaparecer en un día los tesoros que desde 1623 la piedad cristiana había depositado á los pies de La que todo lo merece. La fiesta titular de este Santuario, por la ubicación de San Juan en el centro del mayor movimiento del país, dió ocasion á la creación de la feria más concurrida, más rica y más cómoda al comercio, que ha habido en la nación; feria que ha decaído totalmente de su antigua importancia, como decae todo lo que no representa intereses yankees ó del partido político que ejerce el poder. El templo de Nuestra Señora de la Salud en Pátzcuaro, antigua ciudad Episcopal de Michoacan; cuyo culto comenzó en el Pontificado del venerable Obispo Don Vasco de Quiroga (1537-1556), y cuyos umbrales vinieron á ser el punto de

cita de todos los dolientes y necesitados del vasto obispado de Michoacan.

La imagen de la Virgen María venerada en una capilla de la parroquia de Guanajuato bajo la sola advocación de *Nuestra Señora de Guanajuato*; traída de España á aquel asiento de minas por D. Perafan de Rivera; y que, según la tradición fué una de las muchas santas imágenes que los españoles pudieron ocultar cuando la invasión de los árabes, y que después fué descubierta en el lugar donde es Santa Fe, cerca de Granada: la que bajo la advocación de la Espectación se venera en Zapopan, traída por el P. Fray Antonio de Segovia, y que en 1541 la donó á los indígenas pobladores de dicho lugar de Zapopan; Patrona jurada de Guadalajara contra las tempestades y rayos: la de Nuestra Señora del Zape ó de los Mártires en Durango, cuyo culto recuerda uno de tantos dramas sangrientos, pero gloriosos, en que fueron sacrificados por los bárbaros algunos de nuestros maestros en civilización; los Frailes Misioneros: la de Nuestra Señora del Rosario que se venera en el pueblo de Talpa, antigua Vicaría de la parroquia de Mascota recientemente erigida en curato, de la diócesis de Guadalajara; cuyo culto ha sido practicado desde muy antiguo en Jalisco, Colima, Sinaloa y Sonora: Nuestra Señora del Patrocinio, cuyo santuario se encuentra en la altura de la Bufa en Zacatecas; y cuyo culto tiene para nosotros el interés de los recuerdos de la juventud, todas estas imágenes santas con una serie no interrumpida de prodigios obrados por la intercesión de su original en el cielo, han atraído desde luengos años y atraen todavía, numerosos peregrinos que vienen á sus Santuarios á pedir con lágrimas el favor que han menester, ó á pagar con llanto el favor que recibieron.

Hemos mencionado algunas Imágenes de la Santa Virgen, que con distintas advocaciones han atraído romerías, periódicas ó continuas, en todo el país, desde Izamal hasta Talpa, desde el Zape hasta Pátzcuaro. Pero no por esto se crea ni que las hemos mencionado todas; ni mucho menos que negamos nuestro ascenso piadoso á los hechos en que se han fundado otras muchas devociones, como resultado de la fervorosa gratitud de los pueblos favorecidos especialmente por la intercesión de la Bienaventurada entre todas las mujeres. Hemos hablado de los lugares que han sido término de las peregrinaciones más antiguas y notorias, en favor de cuyo origen santo, legítimo y auténtico, está, por decirlo así, el testimonio de las

generaciones. Si no decimos más, atribuyase á que no sabemos todo lo que hay que saber, ni tenemos espacio para decir todo lo que sabemos. Sin estos obstáculos, la Reina del cielo sabe muy bien, que de rodillas y con gusto, escribiríamos cuanto supiéramos y pudiéramos publicar de la más bella entre las hijas de Jerusalem.

Pero nuestra pluma se resiste á concluir sin hacer memoria del culto de Nuestra Señora de la Luz en la religiosísima ciudad de Leon; el de Nuestra Señora del Rayo, Nuestra Señora de la Rosa, Nuestra Señora de la Salud, en Guadalajara; el de Nuestra Señora de la Soledad, y de los Angeles, y de la Consolacion, en México; el de Nuestra Señora de la Defensa, en Puebla; el de Nuestra Señora de los Zacatecas, en la ciudad del mismo nombre; el de Nuestra Señora de la Escalera, en Veracruz; el de la Purísima Concepcion, en Celaya; el de Nuestra Señora del Roble, en Monterey; el de . . . pero es imposible decirlo todo.

Sin embargo, no omitiremos decir con amor una palabra de alabanza cristiana á la piadosa, hospitalaria y laboriosa ciudad de Leon; en la cual, el culto de la Virgen sin par, informa, por decir así, el espíritu cristiano de su simpática poblacion. En esa ciudad, enteramente Mariana, hemos contado con regocijo y edificacion los siguientes templos y capillas, dedicadas al culto de la Virgen Madre; en servicio unos, y en construccion otros: la Iglesia Catedral, cuya titular es la Madre Santísima de la Luz; Santuario de Guadalupe, con cuatro capillas interiores y exteriores, bajo distintas advocaciones de María; Loreto, la Soledad, La Candelaria, el Cármen, Nuestra Señora del Refugio, la Merced, templo en construccion, La Merced, capilla en servicio, Nuestra Señora de Lourdes, en construccion, Nuestra Señora de la Salud, y Auxilio de los Cristianos, tambien en construccion.

Al entrar á Leon por la parroquia de San Miguel, se encontraba una tiendecilla, sobre cuya puerta llamaba la atencion del pasajero este rumboso rotulon: ENTRADA Á LA PERLA DEL CONTINENTE. Cuando por primera vez leimos tal cosa, no pudimos ménos de sonreir en vista de tan enfática explosion de provincialismo. Pero . . . conocimos Leon, vimos su católica cristiandad, su piedad ferviente, su amor filial á María, su laboriosidad sin estímulo . . . y escribimos en nuestra cartera *Leon, La Perla del Continente*. Si no fuera un hecho notorio que el culto Mariano es general en nuestra patria, que

es coetáneo á la conquista, y que es profesado con ejemplar fervor, bastaria citar la devocion Mariana de *Leon de los Abadamas*, para sacar verdadera la frase del abate Orsini: *México, país consagrado enteramente á la Madre de Dios*. Pero no: hay algo más que la religiosidad leonesa para justificar el aserto del poético historiador de la Virgen María; á saber el

§ 2.º

CULTO Y PEREGRINACIONES GUADALUPANAS.

El culto á la Virgen del Tepeyac, es en México á la par que religioso, eminentemente nacional. Porque este culto tuvo su origen en la voluntad manifestada por la misma Señora, de favorecer especialmente á los mexicanos, en época y situacion en que sólo un auxilio sobrenatural podia valer á los vencidos de Tenoxtitlan. Porque, por más que la doctrina predicada por los primeros misioneros proclamara la igualdad de todos los hombres ante Dios, la raza sometida no podia consolarse en su infortunio con la conciencia de esa igualdad; porque, primero vencida y oprimida despues; al frente de hombres superiores por sus armas, por su constitucion física y por su fuerza intelectual (debida no á distinta naturaleza, sino resultado de una educacion secular), en sus candorosas apreciaciones de neófito, no podria comprender su igualdad moral con seres favorecidos por el Dios del Cristianismo con tantos dones como los de que hicieron sangriento alarde en cien campos de batalla. Era necesario, pues, que el mismo cielo interviniera de un modo insólito y con especiales gracias para destruir ese error de *título colorado*; elevando así el ánimo de los humillados, y encarrilándoles suavemente por el sendero de civilizacion que la Providencia divina juzgara necesario abrirles con el duro hierro de la espada del conquistador.

Y esa intervencion del cielo no se hizo esperar. Se dejó ver en la tierra de Anáhuac el signo apocalíptico que en otro tiempo se hubiera ostentado en el cielo: "Una mujer vestida del sol; y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una coro-